

**LA NACION DE LOS SERES  
HUMANOS. DISCURSO  
PRONUNCIADO POR EL DR.  
OSCAR ARIAS SANCHEZ AL  
RECIBIR EL TITULO DE  
DOCTOR HONORIS CAUSA  
OTORGADO POR LA  
UNIVERSIDAD NACIONAL**

**HEREDIA, 6 DE MARZO DE 1990**

Una elevada distinción me confiere la Universidad Nacional al otorgarme el Doctorado Honoris Causa. Este honor me emociona especialmente, porque proviene de una institución académica a cuyo nacimiento tuve la satisfacción de contribuir. Me conmueve profundamente recibirlo en este templo de tanto significado para la historia patria y tan caro a nosotros los heredianos.

Me resulta inevitable evocar aquí todo lo que he recibido de esta querida comunidad herediana. De esta cuna de dos grandes Presidentes de la República, don Alfredo González Flores y don Cleto González Víquez, cuyos retratos he mantenido en mi despacho de la Presidencia como recordatorio de lo que estos dos ilustres heredianos hicieron por el desarrollo de nuestras instituciones democráticas. Del maestro herediano he tratado siempre de tener presente las enseñanzas que todos ellos nos han dado, y tal vez esa sea la razón por la que la docencia ha sido una vocación irrenunciable. Tal vez sea también la causa de que una de mis más profundas convicciones es la idea de que gobernar, en buena medida, es educar. Educar es algo que quise llevar a la práctica en estos años en que he tenido la responsabilidad que este maravilloso pueblo que es Costa Rica puso sobre mis hombros.

La Universidad Nacional tuvo su origen en el esfuerzo que muchos ciudadanos hicimos, en los inicios de la década de los setentas, para responder a las necesidades de diversificación y democratización de la enseñanza superior costarricense.

Rodeada de la comprensión de unos y la desconfianza de otros, no tardó en demostrar que estaba en capacidad de hacer eco a las aspiraciones de muy amplios sectores de nuestra sociedad. Resulta alentador, para quienes participamos en aquellos esfuerzos, saber que en este momento la Universidad Nacional es hoy un instrumento de primordial importancia para el desarrollo cultural, científico y tecnológico de Costa Rica.

La circunstancia de venir a esta casa de estudios muy pocas semanas antes de que finalice mi período presidencial, me permite reiterar delante de ustedes mi aspiración de retornar a la actividad académica, a la que he dedicado ya buena parte de mi vida. Quiero retornar a la investigación y a la docencia, al contacto permanente con la juventud estudiosa del mundo. Una vocación que debo en mucho a la Universidad Nacional.

A lo largo de los últimos cuatro años, he pensado constantemente en la juventud de Costa Rica. He actuado en cada circunstancia movido por la responsabilidad que tenemos con los costarricenses que recibirán como patrimonio el producto de nuestros aciertos y de nuestros errores. He considerado que el estado actual del mundo ofrece, a las mujeres y los hombres del mañana, opciones de una gravedad sin precedentes.

Por nuestra juventud, por esa Patria Joven a la que debemos nuestras acciones, propusimos el Plan de Paz para Centroamérica. La solidaridad con nuestros hermanos de hoy y con las generaciones

del mañana, nos obligaron a actuar como lo hicimos. No podíamos permitir que el futuro de nuestra juventud fuera una tumba sobre la que nosotros sólo derramáramos flores y lágrimas.

Los frutos de la pacificación ya germinan. La democracia se abre paso y los jóvenes depositan los votos en vez de empuñar fusiles. Las elecciones de Nicaragua son prueba de esa herencia de paz, de esperanza y de vida que debemos legarles a nuestros descendientes.

Con los comicios nicaragüenses, se inicia aquí, en nuestra pequeña América, en esta cintura que une al norte y al sur de nuestro continente, una nueva etapa para la paz. Aquella en que debemos consolidar el desarrollo económico con justicia social y velar por la conservación de la naturaleza. Sin este desarrollo sostenido no hay paz ni esperanza para un futuro más justo. Nos toca, aquí, hoy, iniciar la construcción del porvenir.

No creo que este sentimiento de responsabilidad con la humanidad del futuro sea específico de los costarricenses de mi generación. Todo el planeta parece invadido por la preocupación de lo que será la suerte inmediata de nuestra especie. En todos los continentes las sociedades se disponen a modificar sus propósitos políticos para adaptarlos a los nuevos tiempos. Tiempos de esperanza y, a la vez, de incertidumbre.

Quienes hoy ocupamos las posiciones de dirigencia más importante de nuestro país, vivíamos en la inconsciencia de la



*Oscar Arias pronuncia el presente discurso, en el acto de reconocimiento por la distinción que le confirió la Universidad Nacional, al otorgarle el Doctorado Honoris Causa.*

edad infantil cuando los líderes del mundo, recién salidos de los horrores de la más sangrienta guerra de la historia, sentaban las bases políticas, económicas y militares del mundo que nos ha tocado vivir en nuestra madurez.

Muy pronto aquellas bases se revelaron como falsas. De ellas surgieron innumerables y permanentes motivos de injusticia y de tensión que han mantenido a la humanidad en la inseguridad, la injusticia y el temor.

Durante todos esos años nos hemos declarado en estado de paz, pero la guerra generalizada sólo ha sido contenida por el terror que impusieron unas armas capaces de aniquilar a la humanidad entera. Se había acabado con la guerra solamente en sentido formal. Las causas de las guerras del pasado se mantenían como un avieso rescoldo de muerte, opresión y miseria.

Tras la derrota del fascismo y la ace-

lerada descolonización de la posguerra, el dogmatismo político, la intolerancia religiosa, el racismo y el nacionalismo exacerbado continuaron marcando las relaciones entre individuos y entre naciones. Todas las ideologías se proclamaron abanderadas de la humanidad, pero casi todas ellas propiciaron la dictadura, la miseria y el armamentismo.

Nuestra generación vivió en la desconfianza y el temor, y fue dentro de ese clima que elaboramos nuestros valores y adoptamos nuestras formas de actuar. Fuimos arrastrados a un juego en el que dos centros de poder se disputaban la hegemonía en cada rincón del planeta, y en el que los pueblos y los individuos más desamparados sufrían la constante postergación de sus derechos y sus aspiraciones.

Buenas razones tuvimos para quejarnos de la clase de mundo que recibimos en herencia, pero nosotros mismos desperdiciamos muchas oportunidades de modifi-

carlo. Los costarricenses especialmente, a causa de la tranquilidad que nos proporcionaban nuestras circunstancias particulares, padecimos de una insensibilidad peligrosa y, tal vez, egoísta. Nuestra experiencia democrática y nuestra capacidad para formular un proyecto nacional de desarrollo y de justicia social, había formado en nosotros un espejismo que no nos abandonó sino cuando el cuadro mundial de guerra e inestabilidad había incluido ya a nuestros hermanos de Centroamérica.

Los costarricenses caímos, como tantos otros pueblos, en la trampa simplista de la guerra fría. Se nos encerró en un mundo equivocado, de dos colores, sin matices. La juventud costarricense fue invitada a escoger ciegamente entre dos extremismos, y por causa de ese maniqueísmo casi dejamos pasar de largo las opciones democráticas que nos permitirían construir una sociedad cada vez más justa.

La época de nuestra maduración no

fue de esperanza. Quienes siempre creímos en la democracia como la única vía hacia la justicia y hacia la felicidad de los seres humanos, no siempre pudimos estar seguros de que la democracia prevalecería. Mientras en Europa y Asia se instauraban numerosas dictaduras comunistas autajustificadas por un mesianismo ideológico pretendidamente humanista, en América Latina se extendían las dictaduras de derecha, generalmente justificadas por el anticomunismo.

En este sentido, las generaciones que nos siguen tienen la oportunidad de un encuentro con la esperanza. En América Latina resurge hoy la democracia. En Centroamérica, los pueblos y los gobiernos han llegado a la correcta conclusión de que la paz y el desarrollo son posibles sólo si simultáneamente se ponen en marcha los mecanismos de democratización. En Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay y Chile, sangrientas dictaduras se desvanecen a impulsos de las ansias democráticas de los pueblos. En Europa y en Asia se han dado pasos espectaculares hacia la ruptura de aquellos dogmas que pervirtieron las ansias de justicia de millones de seres humanos. En África ceden los últimos resabios del colonialismo y ya se pueden contar los días que le quedan al régimen racista de Sudáfrica.

Todo esto es esperanzador, pero también es motivo de incertidumbre. Ahora los pueblos y sus líderes deben afrontar el reto de construir nuevos modelos políticos y económicos, nuevas formas de convivencia que no pueden basarse más en la desconfianza ni el temor. De los escombros de los antiguos regímenes deben surgir sociedades democráticas, tolerantes, dispuestas a incurrir en los sacrificios que exige la presente transición.

Amigas y amigos. Hemos abierto las puertas de la esperanza al acabar con los dogmatismos, al rescatar la idea de que si la humanidad tiene un futuro éste debe pasar por la democracia. Pero la incertidumbre acerca del porvenir no radica únicamente en el desconocimiento de los modelos políticos que habrán de vivir nuestros hijos. A ellos les dejamos planteados otros

problemas extremadamente graves. Tan graves que, de su correcta solución, podría depender la supervivencia de la especie humana.

El conocimiento científico y el dominio tecnológico nos han llevado a entender la magnitud de nuestra endeblez frente a la brutal dureza del entorno físico. En escasos cien años, impulsados, por el sentido de nuestra propia evolución, enardecidos por el creciente dominio de los secretos del universo, hemos depredado insensatamente la naturaleza. Hemos transformado la civilización y la cultura en maravillosos artefactos que, si bien son demostraciones de la grandeza humana, se oponen peligrosamente a su conservación.

Muchos hoy nos preguntamos si no hemos privado a nuestros hijos del aire, del agua, del bosque, de la tierra y de la salud que la especie humana venía conquistando desde su aparición sobre este astro minúsculo pero maravilloso.

Desde hace decenios recibimos las primeras voces de alarma y no supimos detenernos a reflexionar sobre el valor más universal que es la solidaridad humana. Prácticamente todas las superestructuras éticas y religiosas que los seres humanos han adoptado destacan el valor de la solidaridad dentro de la especie. Todas ellas pretenden aclararnos cuáles son las mejores vías para compartir los bienes materiales y espirituales entre los semejantes. Pero curiosamente, el sentido de la solidaridad lo hemos desarrollado básicamente en la dimensión de lo contemporáneo. Nos es natural la idea de compartir las posibilidades de una vida más digna con aquellos seres humanos que coinciden temporalmente con nosotros. Pero no hemos profundizado suficientemente en la idea más hermosa, más prometedora, de que debemos compartir esas posibilidades con los seres humanos que todavía no se han hecho presentes.

Nuestra capacidad depredadora, el incontrolable desbordamiento por un consumo cada día mayor y la irresponsabilidad ecológica, se han constituido en una amenaza mortal para nuestros descendien-

tes. De hecho, esa amenaza ya gravita ominosamente sobre los jóvenes de hoy. Durante las últimas décadas hemos actuado egoístamente en relación con los millones de seres humanos que todavía están por nacer.

Los desposeídos de nuestro tiempo pueden, al menos, hacerse oír y reclamar su derecho a la vida, a la libertad y al decoro. Pero los descendientes nuestros, a quienes la irresponsabilidad colectiva de hoy está convirtiendo en desposeídos futuros, no pueden hacerse escuchar desde aquel abismo donde son apenas una esperanza. A menos que nosotros hablemos por ellos y los defendamos con tanto amor y con tanto coraje como los que desplegaríamos para defender a nuestros hijos. A menos que actuemos para restituirles el ambiente propicio para la vida que les hemos quitado.

Amigas y amigos. No hay mejor foro que la Universidad para expresar esta preocupación. La Universidad es la institución que más ha hecho por el engrandecimiento intelectual de la humanidad. De ella ha surgido una gran parte del conocimiento científico y del dominio tecnológico que hoy constituyen nuestro principal recurso y nuestra peor amenaza. De ella debe surgir hoy la conciencia de que la epopeya intelectual de la humanidad carecerá finalmente de sentido si permitimos que se debilite su vehículo natural: la vida humana.

Yo he soñado para mi pueblo un futuro de paz y de democracia. Por él he hecho cosas tangibles de las que me siento satisfecho. Pero he tenido también una ilusión que va más lejos, más allá del tiempo, habrá solo una nación, la nación de los seres humanos. Y porque creo que esa nación de la especie debe ser eterna, deseo que su simiente se haya esparcido por todo el universo el día en que el sol, por fin, se nos apague. Para que así sea, jóvenes de Costa Rica, jóvenes del mundo, los invito a que compartamos todos esta ilusión y a poner manos a la obra para hacerla una realidad.